

# Una relación divina



por S. Michael Wilcox

**S**upongamos que poco antes de que mi hija fuese a contraer matrimonio, acudiera a mí para pedirme que le diera una bendición. Supongamos, además, que cuando le pusiera las manos sobre la cabeza, pronunciara sobre ella la siguiente bendición; "Te bendigo para que siempre sientas el deseo de estar con tu marido; añorarás estar con él por las eternidades; tu corazón se extenderá con amor hacia él y desearás su compañía. Te bendigo también para que él presida en tu hogar con rectitud y honor".

Después de recibir esa bendición, ¿sentirá el amor de su padre y sentirá que su Padre Celestial en verdad la ha bendecido? Es natural que así será. Ciertamente toda mujer en la Iglesia desea estar casada con un esposo a quien pueda querer, y que la amará a ella de la misma manera.

Ésa es precisamente la bendición que el Señor le dio a Eva al ocurrir la Caída, "...tu deseo será para tu marido", le dijo, "y él se enseñoreará de ti" (Génesis 3:16). Lamentablemente, a algunas personas les es difícil comprender esa declaración o aplicar a su propia vida el

principio que expresa. Piensan que esas palabras denigran a la mujer, y algunos hombres incorrectamente se valen de ellas como una excusa para ejercer injusto dominio.

Parte de la razón por la que algunas personas se sienten incómodas con ese versículo es porque el énfasis lo ponen en la palabra *enseñoreará* en vez de la palabra *deseo*, la cual es en realidad la palabra clave de esa frase. El derivado de la palabra *deseo* le añade significado. *Desear* significa "anhelar, aspirar, querer".

El presidente Spencer W. Kimball expresó una valiosa perspectiva concerniente a la frase "...tu marido... se enseñoreará de ti". El dijo; "Tengo una duda en cuanto a la palabra *enseñoreará*; da una impresión equivocada. Yo preferiría usar la palabra *presidirá*, porque eso es lo que él hace. Un marido justo preside a su esposa y a su familia" (*Ensign*, marzo de 1976, pág. 72).

Debemos tener presente que el hombre al que se refería el Señor cuando dijo esas palabras a Eva era el esposo de ésta, Adán, que fue el gran Miguel, el que había ayudado a Jehová a crear la tierra, y el primer gran Profeta del Señor sobre la tierra, un hijo justo de Dios. Aquellos



ADÁN Y EVA ENSEÑAN A SUS HIJOS, POR DEL PARSON.

que interpretan la bendición que el Señor le dio a Eva como un castigo no han entendido que el Señor le estaba diciendo a Eva que cuando ella entrara en el mundo caído, tendría el cuidado, el sustento y la protección del amor justo de un esposo noble. En los malentendidos típicos de la vida terrenal, muchos hombres se aprovechan de ese versículo y lo utilizan como excusa para ejercer injusto dominio sobre sus esposas en vez de tratarlas de tal manera que ellas sientan el deseo de estar con ellos.

En la conferencia general de octubre de 1993, el eider Boyd K. Packer, del Quórum de los Doce, dijo: "Si un hombre 'ejerce mando, dominio o compulsión... en cualquier grado de injusticia', viola '...el juramento y el convenio que pertenecen al sacerdocio'. Entonces '...los cielos se retiran, el Espíritu del Señor es ofendido' y a menos que se arrepienta, pierde sus bendiciones" (Boyd K. Packer, "Por esta vida y por la eternidad", *Liahona*, enero de 1994, pág. 23; véase D. y C. 84:39; 121:37).

En una reunión general de la Sociedad de Socorro, efectuada antes de la conferencia general, el eider M. Russell Ballard, también miembro del Quórum de los

Doce, dijo: "Dios ha revelado por medio de Sus Profetas, que los hombres deben recibir el sacerdocio, ser padres y, con mansedumbre y amor sincero, guiar a sus familias con rectitud como el Salvador guía a la Iglesia (véase Efesios 5:23). A ellos se les ha dado la responsabilidad principal de satisfacer las necesidades temporales y físicas de la familia (véase D. y C. 83:2). Las mujeres tienen el poder de traer hijos al mundo y se les ha dado el deber primordial y la oportunidad, como madres, de guiarlos, nutrirlos y enseñarles en un ambiente espiritual y lleno de amor. En esta relación santa, los cónyuges se apoyan mutuamente en las funciones que les encargó Dios. Al asignar responsabilidades diferentes al hombre y a la mujer, nuestro Padre Celestial nos ha dado más oportunidades para crecer, servir y progresar. Él no dio diferentes tareas a hombres y mujeres simplemente para perpetuar la idea de una familia; más bien, lo hizo para asegurar que la familia continuara para siempre, que es la meta suprema del plan eterno de nuestro Padre Celestial" (Eider M. Russell Ballard, "La igualdad a pesar de las diferencias", *Liahona*, enero de 1994, pág. 104).